

1

Me di cuenta de que Hades estaba allí (el Hades de los antiguos griegos o el Plutón de los romanos) el día en que cayó enferma Marga, mi mujer. Más exactamente mi ex mujer, porque ya está muerta; va a cumplirse un año de su muerte. Por supuesto, no se trataba de la deidad mitológica de los griegos o de los romanos antiguos. Era una persona común y corriente de nuestra raza de criaturas efímeras en este mundo, y no recuerdo bien cuándo y en qué circunstancias le adjudiqué ese nombre. Tal vez se me ocurrió llamarlo así a consecuencia de lo que se denomina una asociación de ideas. Todo fue una asociación de ideas, nada más.

Por otra parte, escucho decir que Hades también ha muerto. La verdad es que ya no lo veo en su lugar de siempre, no siento ya su mirada ni su risa negra. Pero no creo eso que dicen. El rumor de que murió durante mi ausencia debe de ser una treta para embaucarme, para hacerme caer en una trampa. Eso equivaldría, poco más o menos, a que pegarían la hoja con el aviso de mi muerte en el muro de avisos del callejón que conduce a la parte trasera del edificio en que vivo.

Ya lo veo, me estoy embrollando. Pretendo contar una historia y, pese a mi intención de quererlo, me estoy haciendo un lío. Peor aún, estoy desluciendo las cosas. Y, ya se sabe, las cosas embrolladas, todavía peor las deslucidas, no le gustan a nadie. Sería, por tanto, razonable que comenza-

ra por algo más claro, sin complicaciones; por poner un ejemplo, con algo acerca de mí mismo. De este modo, el seguimiento de la historia, que se ha iniciado de forma no demasiado prometedora con la muerte de Marga y del nombrado Hades, quizás resultaría más fácil. A ser posible jocoso. Tanto que la gente se desternillara de risa, que me desternillara también yo con ellos.

Me llamo Kristo Tarapi. Mi nombre hacía pensar a la gente en Jesús y, como es cosa sabida, antaño, en tiempos no demasiado lejanos, entre nosotros Jesucristo era un personaje declarado enemigo público. Aclaro que, pese a que la sociedad decretó a Jesucristo como un proscrito, mi nombre no me ha causado dificultades. A fin de cuentas, se trata solamente de un nombre y yo, en mi proceder y mis acciones, nunca he tenido nada de Cristo, así pues, a mi entender, no creo que yo representara el menor peligro en este sentido. En cambio, por sorprendente que parezca, lo que me ha dado problemas ha sido el apellido. A menudo he hecho esfuerzos por encontrarle un significado, pero nadie ha sido capaz de explicarme su procedencia. Sólo quienes no me deseaban el bien le encontraban, aunque eso sí, a su modo, una significación, después de haberlo abreviado un tanto al pronunciarlo. De forma tal que en sus bocas, con excesiva frecuencia, mi apellido Tarapi se convertía en Trapi¹. El caso es que, incluso hoy día, hay personas que, cargadas de buena intención y cortesía, me saludan diciendo «¡Buenas tardes, señor Trapi».

No sé si tal distorsión contenía a la postre una verdad, es decir, si expresaba cierta escala de mi personal mentecatez, si se me permite expresarme de este modo. Pero, ya que tengo intención de contar una historia, pido disculpas por anticipado. No hago esto movido por clase alguna de complejo que deba su origen a la potencial deformación de mi apellido. La razón es más práctica: cuando se pretende contarles algo a otros, en una palabra, gastar su bien máspreciado, su

¹ En albanés: el imbécil, el mostrenco. (*N. del T.*)

tiempo, cabe en lo posible que a fuer de ingenuidad, tal vez de estupidez, se acabe por importunarlos. Importunarlos y, aún más, ponerse uno mismo en evidencia. A mí no me asusta la posibilidad de quedar en evidencia. El bien y el mal adquieren significaciones relativas de acuerdo con la visión del mundo de cada cual. Según sostiene una antigua doctrina filosófica que los hombres inventaron para consolarse en determinadas circunstancias, el bien no es siempre bueno ni el mal es siempre malo. Hay bienes que llegan para mal y hay males que llegan para bien. Como es el caso de mi última aventura. Porque yo acabo de regresar de una aventura.

Quienes me conocen no se sorprenderán ante esta afirmación. Esbozaran una sonrisa, echarán cuentas de mi mote. El Mostrenco, dirán, sobre todo cuando tengan conocimiento del motivo que me empujó a meterme a ciegas en un laberinto de acontecimientos sin saber lo que me esperaba. Pero yo estaba convencido de que cualquier cosa que me sucediera siempre sería preferible a mi muerte de cada día. Esto me lleva a renunciar, además, a argucias inútiles, como intentar borrar las pistas con la clásica advertencia al lector de que todo en esta historia es producto de la fantasía. Una advertencia así carece del menor sentido. Por lo general, sólo tiene un objeto: servir de coartada para encubrir lo contrario. Yo me comprometo a garantizar que el único personaje que no es en absoluto producto de la fantasía, en el que no existe la menor coincidencia o semejanza casual y que, por desgracia, se me presenta nada más comenzar el relato, pese a mi deseo de evitarlo, es Hades.